

La simple apreciación de la cantidad de trabajo que esta obra representa, es superior á la comprensión de las inteligencias comunes. Baste decir que un hombre de mediana capacidad, sobre todo, si adolece de los defectos principales del carácter mexicano, imaginativo, indolente y perezoso, se sentiría aplastado únicamente con tener que firmar, nada más que firmar sin enterarse de ellas, las respuestas á las cartas particulares que el General Díaz recibe á diario y de cuyo contenido se informa para acordar la contestación. Pues tal labor, abrumadora para cualquier hombre común, ha sido durante más de un cuarto de siglo, secundaria y sin valor alguno para el regenerador de México.

Añádanse á eso las formidables obligaciones de su alta investidura, cumplidas no á conciencia, porque ésto se queda para las medianías, sino como ninguno podría cumplirlas; añádanse las audiencias públicas, las ceremonias y las fiestas oficiales y particulares, y las atenciones privadas, todo aceptado y desempeñado á maravilla, lúcida, ágil y gallardamente, hasta una edad en que la mayoría de los hombres vegeta en plena decadencia senil.

Decir que el General Díaz goza de una constitución física privilegiada, es hallar otra parte de la explicación, y nada más. Innumerables son los estadistas que han contado con el amor del pueblo, con la colaboración de sus coetáneos hábiles y con la salud y la fuerza personales, y que no obstante todo eso, no han dejado más que un recuerdo borroso cuando no amargo de sí y una obra deleznable y mediana.

¿Cuál es, pues, la verdadera explicación de la obra admirable del General Díaz? ¿De qué fuerza creadora y omnipotente dispone este hombre extraordinario?

Ha dispuesto y dispone de la omnipotencia fecunda é incontrastable del genio. Pero el genio no es, como el vulgo cree, una chispa divina que al azar descienda sobre los hombres y los haga superiores á pesar de sí mismos. No; el genio es «una larga paciencia», abnegación sin límites, voluntad sin flaquezas, actividad sin desorden ni desfallecimientos, amor ardiente y fe inquebrantable en el bien;

el genio es, en suma, el resultado de las cualidades del carácter, armonizadas, equilibradas y fortalecidas por la educación y en tendencia constante hacia un ideal noble y grande.

Conviene advertir que no sólo deben considerarse como nobles y grandes empresas, la regeneración de un pueblo ó las conquistas del saber que aceleran la marcha del progreso y benefician á toda la humanidad; menos brillantes, pero no menos nobles son los ideales que impulsan á un hombre á ser útil á su país, á la sociedad, á la familia, á sí mismo, por el cumplimiento del deber. Nadie está obligado á acometer empresas superiores á sus fuerzas; pero el que haga por ser bueno y útil todo lo que sus capacidades les permitan, puede estar seguro de que siempre hará mucho por sí y por los que le rodeen.

Principalmente si pone gran empeño en imitar la actividad tranquila, metódica é incansable de este aguerrido luchador que trabaja mil veces más que incontables jóvenes vigorosos cuyos lamentos ya por no hallar trabajo, ya por parecerles muy pesado ó poco productivo el que tienen, nos llegan diariamente á los oídos.

¿Por qué se quejan estos jóvenes; por qué son inferiores á su labor, y es penoso para ellos el cumplimiento del deber? sencillamente porque la educación de su carácter es nula ó incompleta.

La primera enseñanza profunda y utilísima que á este respecto nos da el General Díaz, y que contrasta notablemente con uno de los defectos nacionales más arraigados y perniciosos, es que nunca ha dejado para mañana—ese funesto mañana que todo lo frustra entre nosotros—lo que ha podido hacer hoy. En él, á la concepción de la idea ha seguido siempre la ejecución. Toda su vida nos presenta ejemplos de este género. Pero hay en ellos un matiz que importa mucho poner en buena luz. Concebir una idea y ejecutarla pronto sin meditarla ni depurarla de errores, eso es ligereza, locura, y conduce infaliblemente al fracaso y á la ruina, porque la actividad debe ser vivificada por la audacia pero al mismo tiempo requiere ser templada por la prudencia y por la reflexión.